


VANESA GUTIÉRREZ PORTERO

CUANDO TU
AMBICIÓN
ME MIRA...

Multiverso 

Cuando tu ambición me mira

© Vanesa Gutiérrez Portero

© Multiverso Editorial, 2015

Ilustración de la portada:

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 9781517352172

Depósito legal: CA 247—2015

Imprime: Publidisa

Printed in Spain

Primera edición: octubre, 2015

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

PRÓLOGO

Mi nombre es Samantha Miranda, reconozco que no soy perfecta, y tampoco pretendo serlo.

La ambición me ha llevado a cometer uno de mis mayores errores, casarme con un hombre al que no amo; pero el dinero es algo superior a mí, hago lo que esté en mi mano para conseguirlo, hasta unirme a alguien como Carlos de Figueroa.

Todos me dicen que algún día tomaré tres tazas del café que yo estoy dando, que daré con la horma de mi zapato y voy a saber el error tan grande que estoy cometiendo. Quizá ocurra. No lo sé.

El tiempo me ha convertido en una persona muy clasista, sólo me rodeo de gente de la misma clase social que yo. He pasado mucho como para volver atrás en el tiempo y perder todo lo ganado.

¿El amor? Sé que existe porque eso dicen quienes me rodean, pero yo no lo conozco. No sé si es una suerte o una desgracia, pero estoy segura de que si algún día se pone frente a mí, lo reconoceré desde el primer momento.

Mi vida es demasiado aburrida, no tiene mucho que contar, pero algo dentro de mí me dice que todo va a cambiar. ¿Me acompañas a descubrirlo?

CAPÍTULO 1

6:00 horas y el despertador, como cada mañana, me da los buenos días, aunque hoy un poquito más pronto.

Normalmente, el ritual de comenzar el día es toda una odisea: dar mil vueltas en la cama, culpar al mundo por hacerme madrugar tanto, levantarme a regañadientes y con el pelo como si me hubiera peleado con un gato, tropezar con la cama de camino al baño —ni a propósito me ocurriría cada día— y dos horas entre ducha, maquillaje como si no hubiese un mañana, plancha para el pelo, y taconazo complementando al modelito del día. Lo que viene siendo la vida de una empresaria con mil y una ocupaciones. Aunque ahora todo me lo tomo con otra filosofía, mi marido está de viaje de negocios en Dubai... ¡Que se quede allí!

Hoy es un día especial, no pienso ir a trabajar, aunque haya hecho el mismo ritual. Viene a visitarme una gran amiga, Patricia; hace seis años que no la veo, desde mi boda. Somos amigas desde hace años; de hecho, ella fue quien me presentó a mi marido, que casualmente es su ex. Nunca habíamos estado tanto tiempo separadas, pero se enamoró de un chico cubano residente en Miami y se fue tras él a comenzar una nueva vida juntos. ¿Cuánto duró esta relación? Lo mismo que un caramelo en la puerta de un colegio, pero aprovechando que ya estaba allí, se quedó y nuestra amistad pasó a convertirse en algo virtual.

Cómo la he necesitado en mil ocasiones: que nos miremos a los ojos y sin abrir la boca nos lo digamos todo, llorar en su hombro y que ella lo haga en el mío, salir a comer, de compras, compartir nuestros éxitos y fracasos... Pero no

ha podido ser, la vida nos llevó por caminos distintos que, ahora, se vuelven a unir.

He quedado en ir a buscarla al aeropuerto y parecerá mentira que una mujer de mi edad tiemble con el solo hecho de pensar que va a ver a esa persona especial. Me tiemblan los pies en los pedales del coche... ¡qué nervios!

Tras una larga cola de coches en la entrada del aparcamiento, consigo llegar, me miro el reloj y es muy tarde, ya habrá llegado y me estará esperando y yo lucho contra aquel sitio que he encontrado para aparcar, la plaza número 7. Me parece tan pequeño, atrás, adelante, volantazo y no hay manera. La gente me mira raro, me siento sumamente absurda. El colmo de aquella situación es abrir la puerta, ir a salir y que un señor me mire con cara inquisidora:

—¡Tanto coche para no saber aparcarlo!

Le lanzo una de mis miradas matadoras y con el enfado del siglo, veo que en aquella plaza entraría un autobús y yo, con mi Mini Roadster John Cooper Works, sólo he conseguido dejarlo torcido y pegado al coche de delante. Me resigno y entiendo que me miren como si fuera vestida de buzo.

Con toda la indignación que me acompaña en este momento, subo la rampa mecánica y yo sola rompo en una sonora carcajada... De nuevo me miran con caras raras, siempre me pasa cuando estoy nerviosa: me da la risa floja, me miran, cuchichean y yo, que para ser las 8:00 horas ya he dado la nota bien dada, vuelvo a hacerlo una vez más, y ya que me pongo, lo hago bien:

—¡Señores, un poco de humor! —grito mientras hago muecas a un niño que baja por la rampa de al lado.

Ya en el aeropuerto, camino por los pasillos intentando encontrar el lugar donde he quedado con Patricia, una cafetería donde nos gustaba desayunar cuando viajábamos a algún lugar. Pero allí ya no está, la han quitado y en su lugar hay un puesto de bisutería. Sigo caminando hacia algún bar donde pueda esperarla.

Ya cansada, veo a lo lejos uno que tiene buena pinta, Stop es su nombre y se ve elegante, como a mí me gusta. Entro y le dejo un mensaje a mi amiga dándole mi nueva ubicación.

Miro el panorama y me encuentro en la duda de sentarme en una mesa y pasar desapercibida o hacerlo en un taburete, dar el cante y sentirme como una mujer abandonada y refugiada en la bebida... Al final decido el taburete junto a la barra, aquí estaré más visible para Patricia, si algún día llegamos a encontrarnos.

Suena el móvil, es mi marido deseándome un feliz día y adjuntando la foto de un brazalete de diamantes que quita el hipo junto a una nota que dice "Esto es tuyo". Yo sonrío de ilusión y, a la vez, de vacío, cuando escucho una voz:

—¿Qué quiere tomar la sonrisa más bonita de Barajas?

Yo miro y se trata del camarero, pero no es un hombre cualquiera, me deja sin palabras y mira que eso es difícil. Sus ojos azules penetran en mi alma, quiero perderme en ellos para siempre. Sus labios perfectos, aquel cabello rubio y corto, peinado de punta, sus manos... ¡Qué manos! Aunque estén sujetando una bayeta muy poco estilosa. Y no puedo dejar de describir su cuerpo, vestido con un polo negro ajustado que marca cada uno de sus músculos... Uf, en estos momentos me siento la mujer más afortunada del mundo, y no precisamente por el famoso brazalete de diamantes, sino porque este hombre espectacular está frente

a mí. Sólo puedo mirarle hasta que caigo en que me está hablando y le contesto:

—Perdona. ¿Decías?

El chico sonríe y ahí ya sí que me tiembla hasta la última pestaña. ¿Habéis visto los anuncios de dentífrico? ¿Esas sonrisas perfectas? Pues una de ellas está frente a mí y me está hablando.

—Veo que estás ocupada, si yo fuera tu chico te tendría frita a mensajitos, un bombón así no se puede dejar solo mucho tiempo. ¿Qué deseas?

En este momento a mí se me ocurren muchas cosas que responderle, pero ninguna entra en el contexto de este bar. ¿Qué le digo? ¿Qué hago? ¡Quiero llorar! Hasta que vuelve a hablarme:

—¿Un café calentito? Te prometo que los mejores del aeropuerto los hago yo.

Sigo en mi mundo, pensando “ponme el café, que calentita ya estoy yo”, y con una sensación de timidez que no he sentido nunca. Asiento con la cabeza.

Él se gira y comienza a preparar el café mientras yo le hago una radiografía de toda su anatomía, empezando por aquel trasero nada despreciable. Me da vergüenza que me vean mirándole de esa forma tan lasciva, pero no puedo evitarlo, me tiene hipnotizada.

Se gira de nuevo, ya con el café en la mano, y mis ojos van directos al cartelito con su nombre que lleva en el polo. Él se da cuenta y antes de que pueda reaccionar, me vuelve a hablar:

—Me llamo César Portero, tu camarero, tu amigo, tu servidor, tu esclavo, bella dama.

Él sonríe con picardía y si ahora yo no soy capaz de coordinar mis pensamientos con la voz, va a pensar que soy tonta, así que por fin le hablo, aún con la voz entrecortada:

—Encantada, mi nombre es Samantha Miranda.

El joven me mira y sus ojos clavados en mí me intimidan.

Viendo mi incomodidad, se aparta mientras me dice que no quiere molestar, que me tome mi café tranquila. ¿Se habrá enfadado? Espero que no.

Yo me lo empiezo a tomar y, de veras, no sé qué le echa al café, pero es el más sabroso que he tomado en mi vida, tiene un toque distinto que no reconozco, es como él, diferente, especial e irresistible.

Cuando acabo la última gota de esa ambrosía que en este bar llaman café, agarro mi bolso y voy al baño a retocarme, quiero que Patricia me vea bonita, ella siempre lo ha sido más que yo, pero una hace lo que puede.

Me toca bajar unas interminables escaleras de caracol, cosa poco apropiada para un bar; si vas un pelín bebida, esa escalera es muerte segura.

Me vuelvo a maquillar los labios, como siempre rojos. Me encanta resaltarlos, ya que creo que es uno de mis puntos fuertes. Coloco mi pelo, que hoy está en versión rebelde, y me perfumo. Creo que estoy perfecta, además hoy estreno un vestido vaporoso, azul con flores muy pequeñas blancas. Estamos en primavera, recién estrenado el mes de abril, pero ya hace calor de verano.

Salgo del baño a toda prisa, no recibo noticias de Patricia y tengo que buscarla. Corro escalera arriba, pero mis sandalias me quedan un poco grandes y el tacón me juega una mala pasada, caigo por la escalera. Casi beso el suelo, pero unos brazos fuertes me agarran de la cintura evitándolo, me aferro a sus antebrazos clavándole las uñas sin querer, me pone en pie sin soltarme de la cintura y le miro. Esos ojos se me vuelven a clavar, tan azules, tan grandes, tan profundos... Sus brazos me estrechan contra él y puedo sentir mi corazón latir a la velocidad del rayo. Nos miramos y yo deseo con todas mis fuerzas que aquel momento no acabe nunca, pero él me suelta y yo le miro el brazo: tiene sangre, se la he hecho yo al agarrarme en la caída.

Comienzo a buscar en mi bolso y encuentro un paquete de toallitas húmedas, saco una y le limpio la sangre. Mis ojos se vuelven a clavar en él, con esa mezcla de agradecimiento y lástima, y él me sujeta la mano sobre la toallita.

—No te preocupes, no me voy a desangrar, dejémoslo en que es una marca de guerra.

César me sonrío y veo su dulzura reflejada en la sonrisa; yo también sonrío, me resulta una situación tan incómoda que no sé qué hacer.

—Gracias, he estado a punto de... —no soy capaz de acabar la frase, porque me da la risa floja, ya sabemos que soy muy propicia a ello.

Quiero que acabe este momento, no sé qué hacer, ni qué decir. César parece que va a hablar, miedo me da, cada una de sus palabras son un motivo para que mi corazón se desboque:

—Samantha, te está sonando el teléfono.

Yo no me he dado cuenta, este hombre me tiene en otro universo paralelo. Busco en mi bolso y encuentro el móvil, la mejor excusa para huir.

Subo la escalera corriendo mientras hablo por teléfono, me paro un momento y miro hacia atrás y allí está él, parado, con esos ojos que para siempre quedarán clavados en mí. Ya no le volveré a ver y eso por un lado me da pena y por otro... me hace sentir relajada. Le coloco el dinero del café sobre la barra y me voy, habiendo dejado una parte de mí en aquel bar.

Reconozco que Cupido ese día hizo muy bien su trabajo. ¡Vivan los flechazos!

CAPÍTULO 2

Sin soltar el teléfono, como si fuera el único objeto que me une a la realidad y no a ese sueño de ojos azules que dejo atrás, continúo con mi conversación. Patricia me cuenta que está esperándome en el aparcamiento, que le dé el número de plaza y allí me esperará junto a mi coche. ¡Chica lista, a mí jamás se me hubiera ocurrido!

Camino por los pasillos que me llevan de nuevo hacia la rampa del aparcamiento, pienso en tantas cosas, me siento tan rara, que, andando, ni siquiera me doy cuenta de que ya he llegado a mi destino y allí me está esperando mi amiga.

Es tal y como la recuerdo, más o menos de mi altura, pelirroja, con la piel muy blanca, la naricilla llena de pecas y los ojos verdes. Está más delgada que la última vez que nos vimos y su forma de vestir también ha cambiado, más juvenil. Yo estoy acostumbrada a la falda de tubo, camisa y americana y ella también era así. Nada que ver con la chica que tengo frente a mí, está verdaderamente hermosa.

Inmóvil, sólo puede mirarme y sonreír, ambas hemos esperado tanto este momento... Corro a su lado y ella me espera con los brazos abiertos y sus bellos ojos llenos de lágrimas.

Nuestro abrazo se alarga durante varios minutos, y la sensación es muy parecida a abrir una ventana y recibir el viento en la cara, sentir que todo lo más bello está en ese momento junto a ti. Cómo la extraño.

Mientras subimos su equipaje en el maletero de mi coche, no paramos de discutir, ella ha reservado habitación en un hotel, y yo me niego a que pague, cuando mi casa es enorme y hay habitaciones vacías de sobra. Pero no quiere, supongo que porque siente que molesta, o quizá por lo que siempre me rondó la cabeza: nunca dejó de amar a Carlos. Como no quiero que acabemos tirándonos de los pelos, nos encaminamos hacia su hotel.

Patricia me cuenta todo lo que quiere que hagamos y a los sitios donde le gustaría ir. Parece que nunca ha pisado Madrid, está como una niña, entusiasmada, pero lo cierto es que me gusta lo que me propone.

Por fin llegamos. El hotel está muy bien, me parece bastante acogedor y la zona me gusta. Ya he venido alguna vez por aquí, recuerdo que el novio cubano de Patricia era de este barrio y estuvimos tomando algo en las terracitas de los bares de esta calle. Siempre me gustó y me trae muchos recuerdos.

—Bienvenida, ¿en qué puedo ayudarla?

Escucho mientras sigo en mis ensoñaciones. Se trata de la recepcionista, que se dirige a mi amiga para darle las llaves de la habitación y avisar al botones para que la acompañe junto a su equipaje.

—Sami, espérame aquí, dejo todo en la habitación y nos tomamos algo en la cafetería, ¡está chulísima!

Patricia tiene razón, es muy bonita, y encantada la espero para ponernos un poco al día de nuestras andanzas en estos últimos años.

A los pocos minutos la veo entrar a la cafetería, se ha cambiado de zapatos, ahora lleva unas manoletinas rosa

chicle, se ha bajado de las plataformas en las que andaba y parece más bajita, pero igual de guapa.

Se sienta a mi lado y parece mentira, que aun hablando a menudo por mensaje o teléfono, sepamos muy poco la una de la otra. Siempre nos quedamos en la superficie, en un saludo, un “estoy resfriada”, o “me voy al trabajo”; las cosas realmente importantes nunca nos las contamos, al menos yo. Cuando ella siempre fue mi confidente y yo la suya.

—Patri, cuéntame de ti, del trabajo, el amor... de todo, quiero saber hasta el último detalle de lo que me he perdido en estos años.

Ella sonrío y me mira con esa cara de “agárrate, que vienen curvas” y comienza a hablar.

—Sami, mi vida no ha sido fácil, aunque yo haya querido aparentar otra cosa en mis mensajes; no quise preocuparte y en ocasiones reconozco que te mentí, o, al menos, omití detalles importantes.

—Amiga, me preocupas; cuéntame, te escucho.

—Tengo tanto que contar que prefiero ir poco a poco; si lo suelto todo hoy, creo que no voy a poder evitar llorar, y no me apetece que nuestros primeros momentos juntas se llenen de lágrimas.

Ya sabes que mi historia con Nelson no salió bien. Pero no por culpa de él, como yo te hice creer; el pobre es un bendito, siempre me ha tratado como una reina y me quiso como creo que nunca más nadie lo hará.

—¿Entonces qué ocurrió? —la interrumpí para darle tiempo a calmarse, siento que va a romper a llorar muy

pronto.

—Él encontró un buen trabajo, yo también, teníamos dinero, una casa bonita en una ciudad preciosa como es Miami, pero no éramos felices. Yo nunca fui capaz de amarlo, mi corazón se resistía a sucumbir ante él, aunque hizo todo lo humano y sobrehumano para conseguirlo. Mi alma, mi pensamiento, todo mi ser estaban en otro lado. Intenté corresponderle, pero fue imposible. Él continuó a mi lado, aun sabiendo que no le amaba, se conformaba con mi cariño, con un abrazo o un beso, no me pedía más. Pero un día, todo cambió.

—Amiga, que terrible lo que me cuentas, aunque te entiendo perfectamente.

—Sami, me sentí tan mal por él. Merece lo mejor, y yo no lo soy —mientras me cuenta esto, veo cómo una lágrima cae de su ojo derecho, abriéndole paso a muchas más, pero no quiero cortar su llanto.

—Patri, sigue, desahógate, te hará bien.

—Un día descubrí que estaba embarazada. Él nunca fue más feliz, y yo creí que eso era una señal, que mi estado nos uniría y podría amar al padre de mi hijo. Poco a poco le fui sintiendo más cerca, incluso me veía en un futuro con él, con nuestro hijo, me trataba tan bien... Pero una mañana, él se marchó a su trabajo y horas después, aquella llamada...

Llora con más fuerza, debe de ser espantoso lo que me va a contar. Le agarro las manos y ella toma fuerzas para seguir con su relato.

—Recibí una llamada donde me decían que Nelson había sufrido un gran accidente que le había costado la vida.

Los bomberos que le rescataron del coche me comentaron que con un hilo de voz, decía mi nombre continuamente. Yo me sentí desnuda sin él; en ese momento fue cuando me di cuenta de que en realidad le amaba, quizá no como he amado antes, pero sí le necesitaba junto a mí. Fueron momentos difíciles que hicieron mella en mi salud, no comía ni dormía, hasta que un día tuve un sangrado a causa de los nervios. Acababa de perder a mi bebé.

—Mi niña, qué dolor tan grande. Me lo hubieras contado y habría ido para estar a tu lado.

—Ya no importa, mi Sami, pasó, pero todo el rompecabezas de mi vida se destrozó. Me refugié en el trabajo y tuve mucho tiempo para pensar, para regodearme en mi propio dolor, y para analizar mis sentimientos y comprender que el culpable de que nunca hubiera podido hacer feliz a Nelson y amarle como merece es un fantasma del pasado...

Se hace un silencio y ella llama al camarero para pagarle las consumiciones, mientras me dice que está muy cansada y se quiere acostar un rato, que mañana nos vemos.

Ambas nos levantamos de las sillas y nos damos un fuerte abrazo.

Cuando la veo irse hacia los ascensores, la llamo:

—Patri.

—Dime.

—¿El fantasma es Carlos?

Ella no me responde, sólo veo cómo sube al ascensor y se seca las lágrimas, pero a mí no me engaña, sigue ena-